

Mi Cali de ayer

María Corina Ochoa Rojas

El dramaturgo francés Víctor Hugo dijo alguna vez: El fin del arte es casi divino, resucitar, hacer historia. Observar fotos y tratar de unir las como si fueran filminas es casi lo mismo.

Las fotos nos hacen sentir que volvemos al pasado y estamos en una película acerca de nuestras vidas. Al verlas, nos preguntamos: ¿No era muy joven esa niña para casarse? ¿Vivirá aún ese niño pequeño? ¿Cómo serán sus descendientes? Cierta nostalgia sobreviene y las preguntas continúan: ¿Qué hemos hecho de la ciudad? ¿Por qué dejamos los paseos de río, las competencias náuticas, el campo y todo lo que nos distinguía como vallunos?

Pasaron cincuenta años y todo cambió abruptamente. Se comenta que desde los Juegos Panamericanos nuestra cultura dio un giro de 360 grados pero yo creo que fue la espera del nuevo milenio las que nos hizo crecer vertiginosamente.

Cuando vi las viejas fotografías de Cali creí posible encontrar a mis abuelos o tal vez a mis bisabuelos. Al final caí en cuenta que ellos llegaron a Cali mucho tiempo después de que fueran tomadas esas fotografías. Mi atención se detuvo cuando vi lo numerosas que eran las familias, sus costumbres, los ritos, las fiestas y los sentimientos; todo, absolutamente todo, era objeto de la fotografía.

Tal vez ellos quisieron dejarnos sus vidas para que valoráramos el desarrollo como fruto del esfuerzo para buscar un mejor futuro para sus descendientes. Un futuro que hoy es nuestro presente. Para concluir quisiera citar a uno de mis escritores favoritos: La vida no es la que uno vivió sino la que uno recuerda y la manera como la recuerda. Eso dice García Márquez en *Vivir para Contarla*. Ahora pienso que la esencia de la fotografía es traer el recuerdo, constatar que hubo una historia antes de la nuestra, una historia que quizás aquellas familias disfrutaron mucho.



Mi bisabuela materna Melba Núñez de Correa en su cumpleaños # 15 en 1938, comenta Diana Arango.